

Los intelectuales franceses y la Gran Guerra. Las nuevas formas del compromiso

Christophe Prochasson

EHESS-CESPR

Resumen: En los quince últimos años la historiografía sobre la Primera Guerra Mundial ha sido enriquecida con trabajos dedicados a los intelectuales franceses, cuya fama había disminuido en los primeros meses del conflicto por su compromiso mayoritario con la bandera nacional. Este artículo revisita su «puesta al servicio» de la patria, que no puede ser reducida totalmente a la propaganda. También insiste en otras dos funciones asignadas a los intelectuales, que cobraron una importancia inédita durante las hostilidades: la resistencia, de la cual nació la figura de la disidencia encarnada perfectamente por el escritor Romain Rolland, y el testimonio, que es estudiado especialmente a través del caso de Jean Norton Cru, autor en 1929 de una obra de gran impacto, *Témoins*. Al centrarnos sobre esos tres aspectos de la actividad de los intelectuales franceses durante la guerra, se observa que tanto su imagen como su papel presentaron otras características en los años 1920-1930. El intelectual liberal nacido en tiempos del caso Dreyfus había sobrevivido.

Palabras clave: Primera Guerra Mundial, Francia, intelectuales, testimonio.

Abstract: In the last fifteen years the historiography of the First World War has been enriched with works devoted to French intellectuals, whose fame had declined in the first months of war because of their major commitment with the national flag. This article revisits her «put at the service» of the nation, which cannot be entirely reduced to propaganda. It also emphasizes two other functions assigned to the intellectuals who assumed an unprecedented importance during hos-

tilities: the resistance, from which was born the figure of the dissent, embodied perfectly by the writer Romain Rolland, and testimony, especially studied through the case of Jean Norton Cru, author of a clamorous work in 1929, *Témoins*. By focusing on these three aspects of the activity of French intellectuals during the War, the text intends to show that both intellectuals' image and role had other characteristics in the years 1920-1930. The liberal intellectual born in times of Dreyfus had survived.

Keywords: First World War, France, intellectuals, testimony.

Antes de su renovación historiográfica en los años 1990¹, la historia de la Gran Guerra se había centrado prioritariamente en cuestiones militares y políticas². La retaguardia, la movilización total de las sociedades y, por consiguiente, la historia de las élites intelectuales, eran los parientes pobres de una historiografía dominada por la cuestión de las responsabilidades y el estudio de las relaciones de fuerza durante todo el conflicto. La entrada en escena de una «historia cultural» del conflicto, atenta a los comportamientos de los actores implicados, abrió ampliamente el espectro social de los estudios históricos sobre la Gran Guerra al estudiar poblaciones hasta entonces dejadas de lado por los historiadores: mujeres, personas desplazadas, intelectuales³. Estos úl-

¹ Cfr. Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Annette BECKER: «Vers une histoire culturelle de la Première Guerre mondiale», *Vingtième siècle, revue d'histoire*, 41 (enero-marzo de 1994), pp. 5-8, e íd.: *14-18. Retrouver la guerre*, París, Gallimard, 2000.

² Antoine PROST y Jay WINTER: *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, París, Seuil, 2004, y Christophe PROCHASSON: *14-18. Retours d'expériences*, París, Tallandier, 2008.

³ En una bibliografía que se ha vuelto imponente, citemos de manera muy selectiva: Frank FIELD: *British and French writers of the First World War. Comparative Studies in Cultural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; Roland STROMBERG: *Redemption by the War. The Intellectuals and 1914*, Kansas, The Regents Press of Kansas, 1982; Michel TREBITSCH: *Intellectuels engagés d'une guerre à l'autre*, París, Les Cahiers de l'institut d'Histoire du Temps présent, 1994; Emilio GENTILE: *L'apocalypse de la modernité. La Grande Guerre et l'homme nouveau*, París, Aubier, 2011; Martha HANNA: *The Mobilization of Intellect. French Scholars and Writers during the Great War*, Cambridge-Londres, Harvard University Press, 1996; Christophe PROCHASSON y Anne RASMUSSEN: *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la première guerre mondiale*, París, La Découverte, 1996; Nicolas BEAUPRÉ: *Écrire en guerre, écrire la guerre: France, Allemagne, 1914-1920*, París, CNRS éditions, 2006.

timos arrastraban una negativa reputación, a menudo forjada durante el periodo de entreguerras por todo un ensayismo acusatorio que solía venir de la izquierda pacifista, que les reprochaba un atontamiento criminal que les había conducido a renunciar a cualquier sentido crítico. Por obcecación nacionalista, los intelectuales habían alienado su autonomía al ponerse al servicio de la nación, de la misma forma que algunos de ellos se pondrían «al servicio del Partido» unos años más tarde. Sin embargo, no podemos oponernos completamente al hecho de que la guerra suscitó en los intelectuales una forma de compromiso radical que conviene recontextualizar. No obstante, no se detiene aquí el inventario de las formas de sus reacciones: también supieron resistir y dar testimonio ante la Historia.

Comprometerse

El léxico que acompaña habitualmente la historiografía de los intelectuales franceses reserva un lugar central al término «compromiso». La noción designa la entrada de sabios y artistas en la arena política. También tiene una connotación belicista. Compromiso militante (por una causa) o compromiso militar (por una batalla), ambos remiten a la conflictividad. ¿Es necesario recordar que en Francia los «intelectuales», el nombre y la cosa en su significación contemporánea, nacieron de un conflicto? El caso Dreyfus (1894-1906) fue su bautismo. El gigantesco error judicial del cual un capitán judío del ejército francés fue la primera víctima, permitió a los intelectuales imponerse como fuerza social autónoma, independiente de las instituciones. En el marco de nuestro artículo, no es indiferente señalar que los intelectuales franceses surgieron en el espacio público con motivo de un conflicto con el ejército, en el cual la nación rápidamente se encontró en el centro de los debates. Así, esta primera configuración convirtió a los intelectuales en *disidentes*, una categoría social que les enfrentaba a la opinión dominante y les oponía frontalmente tanto al Estado como a las principales autoridades sociales.

No es excesivo sostener que esa batalla inaugural hizo de los intelectuales unos soldados. Ellos también dejaron súbitamente su estado civil y sus ocupaciones habituales para defender sus idea-

les, se reunieron, evaluaron las relaciones de fuerza, eligieron armas adaptadas a sus combates, lograron victorias y afrontaron derrotas. Además, los años «postdreyfusianos» aparecieron bajo el aspecto de una «preguerra» durante la cual las ideologías internacionalistas y pacifistas retrocedieron en beneficio de valores nacionales y aun guerreros. En los años 1910, varias grandes figuras del dreyfusismo (Charles Péguy o Daniel Halévy), incluso algunos intelectuales de izquierda vinculados al mundo sindical (Georges Sorel o Edouard Berth) empezaron a plantear nuevos puntos de vista en los cuales el Estado, la religión, la violencia o inclusive el ejército ocuparon un lugar que no habían tenido hasta entonces. No queremos dar a entender, sin embargo, que los intelectuales franceses prepararon la guerra ni fueron los primeros responsables de ella a la manera de los intelectuales alemanes, muchos de los cuales comulgaban con un pangermanismo agresivo. Pero, ¿cómo no notar este cambio de atmósfera que barrió los sentimientos humanitarios de concordia y de fraternidad internacionales, incluso en las filas del Partido Socialista, a las cuales, no obstante, varios intelectuales se habían incorporado desde 1910? De manera general, Arno Mayer considera que el deseo de guerra reconocible en esos años entre las elites francesas, alemanas o austro-húngaras, manifestó una voluntad de liberar las condiciones favorables para recuperar el control de las sociedades, que se les escapaba cada vez más⁴.

Esta discreta mutación de preguerra ayuda a comprender lo que apareció durante mucho tiempo como una «traición», según el famoso título del panfleto de Julien Benda, publicado en 1929, obra en la cual este último denunciaba la manera en la que los intelectuales franceses se habían sometido sin moderación a lo peor de los nacionalismos, justo después del inicio de las hostilidades. Ahora bien, en el compromiso no negociado de los intelectuales en la guerra, quizás hubo menos infidelidad de lo que Benda creía⁵. Además, el dreyfusismo nunca fue un movimiento antinacional en el que la patria hubiera sido pisoteada. Muy al contrario, los intelectuales *dreyfusards* sólo defendían una concepción de la nación en la que los valores de justicia y verdad prevalecían sobre los que gobernaban la razón de Estado, el orden y la autoridad.

⁴ Cfr. Arno MAYER: *La Persistance de l'Ancien Régime*, París, Flammarion, 1983.

⁵ Julien BENDA: *La Trahison des clercs*, París, Grasset, 1929.

Fue precisamente en nombre de los valores de una Francia heredera de la Revolución francesa, portadora de valores democráticos, que los intelectuales más visibles se movilizaron en defensa de una nación amenazada por la «barbarie germánica». En la «guerra del derecho»⁶, fue fácil percibir mucho más que un aire familiar con los viejos ideales *dreyfusards*. La guerra incluso pareció reanimar un viejo espíritu sosegado y hasta reconciliar los dos campos que poco antes habían luchado duramente: el de los derechos del hombre y el de la nación. La «Union sacrée» no solamente fue una fórmula política inventada por el presidente de la República, Raymond Poincaré, también tuvo su declinación en los medios intelectuales.

Ese nuevo compromiso se realizó sin concesiones. En el frente o en la retaguardia, la movilización de los intelectuales fue casi general. Como veremos, las defecciones fueron realmente excepcionales. En Francia, como en otras naciones europeas, los mejores espíritus, incluso los que siempre habían huido de la escena pública, se reunieron en peticiones que replicaban al manifiesto de los 93 intelectuales alemanes, en el cual éstos se defendían de los crímenes de los que se les acusaba y reivindicaban la gran filiación de la cultura alemana que había engendrado a Goethe, Kant y Beethoven.

Otros modos de intervención, más conformes a las costumbres civilizadas del mundo académico, marcaron un viraje decisivo en la relación de algunos universitarios con el mundo social. No todos se habían comprometido durante el caso Dreyfus y muchos habían tenido una actitud de reserva. El principio de la guerra les impuso otra conducta que excluyó cualquier cautela. Desde el 8 de agosto de 1914, el filósofo Henri Bergson, poco conocido por sus posturas públicas, defendió con firmeza su posición ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas durante una sesión en la que los miembros debatieron sobre la necesidad de excluir o no a los asociados de nacionalidad alemana:

«La lutte engagée contre l'Allemagne est la lutte même de la civilisation contre la barbarie. Tout le monde le sent, mais notre Académie a peut-être une autorité particulière pour le dire. Vouée en grande partie à l'étude des questions psychologiques, morales et sociales, elle accomplit un simple devoir scientifique en signalant dans la brutalité et le cynisme

⁶ Cfr. «La Guerre du droit», *Mil neuf cent. Revue d'histoire intellectuelle*, 23 (2005).

de l'Allemagne, dans son mépris de toute justice et de toute vérité, une régression à l'état sauvage»⁷.

El antigermanismo que se manifestó con tanto vigor en todos los sectores de la vida cultural francesa no constituía un dato del todo nuevo. Cultura francesa y cultura alemana se habían enfrentado al menos desde la derrota de 1870 en un ambiente de rivalidad que alimentaba trivialidades y estereotipos. Sin embargo, estos enfrentamientos no habían excluido colaboraciones entre académicos de cada lado del Rin ni tampoco grandes admiraciones⁸. Fue necesario reexaminar completamente lo que, viniendo de Alemania, había alimentado no sólo la cultura francesa, sino que también había contribuido a hacer que toda Europa fuera el gran continente de la Ilustración, tal como se conocía. Aun en Emile Boutroux, uno de los filósofos cuyo papel había sido tan importante en la transmisión de la filosofía alemana en Francia desde finales del siglo XIX, el espíritu guerrero devastó la lucidez crítica. En innumerables escritos, Boutroux presentó la guerra como una «cruzada» de los tiempos modernos, denunciando la cultura alemana infectada de violencia, pretensión y orgullo.

La ciencia alemana fue criticada en todas partes, tal como muestra, en los primeros meses de la guerra, una descripción de la vida intelectual que emana sin alguna duda de un intelectual de sensibilidad pacifista. Su punto de vista, fundamentado en la frecuentación de las «conferencias» que solían tener éxito en aquella época, es pertinente. Vale la pena citarlo extensamente:

«Et les conférences pullulèrent où, devant un verre d'eau, on m'opposa le génie français au pédantisme teuton, sans d'ailleurs expliquer autrement que par des ramassis de lieux communs ce qu'on entendait par là. On démontra, ou plutôt affirma, que ce qui est français est bon et que tout ce qui est bon n'est pas allemand. Tour à tour l'impérialisme se voyait établi et démenti par Kant ou Hegel. On ressortait Tacite. Un géologue enfin prouvait que le monstre germanique, par la formation et le développement

⁷ Henri BERGSON: *Mélanges*, textos publicados por André ROBINET, París, PUF, 1972, p. 1102.

⁸ Cfr. Claude DIGEON: *La crise allemande de la pensée française, 1870-1914*, París, PUF, 1959.

analogue aux monstres de la géologie primitive, ne connaîtrait pas d'autre destin que celui du plésiosaure ou du diplodocus...»⁹.

Contra todo espíritu de internacionalismo científico, la definición de una ciencia de características rigurosamente nacionales fue ratificada durante la celebración, en pleno conflicto, de la Exposición Universal de San Francisco en 1915. «La ciencia francesa», tal fue la designación adoptada para la participación de la delegación nacional, tomó la forma de la exposición de una biblioteca de las obras maestras que habían construido Francia y que mantenían su prestigio intelectual. Dos volúmenes reunieron un florilegio de contribuciones escritas por los grandes representantes franceses de todas las disciplinas. Bergson en Filosofía, Durkheim en Sociología, Le Dantec en Biología o Charles Gide en Economía se esforzaron en demostrar, bajo la dirección del físico y hermano del presidente de la República Lucien Poincaré, que existía, aunque pareciera imposible, una ciencia nacional que superaba a todas sus competidoras. Durkheim afirmó en estas obras, con el tono más perentorio, e ignorando a sus colegas Tönnies, Simmel o Weber: «Déterminer la part qui revient à la France dans la constitution et dans le développement de la sociologie, c'est presque faire l'histoire de cette science»¹⁰.

Todos los ámbitos de la vida intelectual se vieron afectados por esta gran revisión nacionalista de los valores intelectuales para los cuales Alemania había ocupado durante mucho tiempo unas posiciones avanzadas que ya habían sido trastornadas antes de la guerra. En lo sucesivo, tanto para los intelectuales franceses como para las elites intelectuales de la mayoría de los países aliados, se trató de cambiarlo todo. En Francia, ¿convenía volver a los orígenes grecolatinos de una cultura que había sufrido demasiado tiempo del *placage germanique*? Alemania, que había traicionado su vocación de directora de los espíritus, devolvía a Francia, madre de las artes y de las letras, la reanudación de una misión a la cual había renunciado demasiado rápido. Estas mitologías también aseguraron a algunos intelectuales puestos que no hubieran podido obtener

⁹ Gonzague TRUC: «La vie intellectuelle pendant la guerre», *La Grande Revue*, julio de 1915, p. 116.

¹⁰ Emile DURKHEIM: «La sociologie», en *La Science française*, t. I, París, Ministère de l'Instruction publique et des Beaux-Arts, 1915, p. 39.

en tiempos de paz. ¿Cuántos filósofos, escritores, músicos y artistas plásticos se beneficiaron de la degradación moral y cultural de Alemania para legitimarse y asentarse en un movimiento estético, filosófico o literario que durante mucho tiempo les había dejado de lado? Algunos no escondieron su voluntad de aprovecharse de la situación para establecer lo que parecía un verdadero proteccionismo cultural. Uno de ellos lo exclamó de viva voz: «Sans vouloir proscrire Wagner et les autres grands compositeurs allemands, il faut songer quand même aux intérêts matériels de l'art français»¹¹. Sin embargo, a partir del otoño de 1915 la música alemana tuvo que reaparecer en las grandes salas de concierto: pese a los esfuerzos de la Liga nacional para la defensa de la música francesa, que trabajaba para expulsar a los compositores alemanes y austriacos del repertorio, ¿cómo podía excluirse la música alemana cuando la música francesa no respondía suficientemente a los gustos del público?

Es indudable que no fue fácil para los intelectuales, que durante mucho tiempo habían hecho de Alemania, según la fórmula del historiador Gabriel Monod, uno de los principales introductores de los métodos históricos alemanes en Francia, «la seconde patrie de l'homme qui pense»¹², convertirla en una nación despreciable, excluida de las filas de la humanidad, «pire que les sauvages» que la colonización pretendía ascender al rango de civilización.

A partir del ejemplo de la música, es posible sostener que una forma de compromiso político se extendió como nunca en la esfera intelectual. No porque antes filósofos, historiadores, escritores o artistas, en Francia, hubieran producido sus obras apartados del mundo. Historiadores y filósofos habían contribuido en la instalación de los republicanos en el poder en los años 1880 y en el cambio de siglo, y varios artistas habían sido arrastrados por el caso Dreyfus. Sin embargo, la guerra tuvo como consecuencia la imposición de un *deber de compromiso* que condenó tanto la indiferencia (lo que se designaba en pequeñas revistas pacifistas con la palabra *inactualité*) como la traición pacifista. Tras ser promovida por el caso Dreyfus, la autonomía de los intelectuales se disipó en el barro de las trincheras.

¹¹ Fernand LE BORNE: «La musique française pendant la guerre», *La Revue*, 1-15 de marzo de 1916, p. 483.

¹² Investigación de Paul FLAT, *Revue bleue*, 26 de mayo/2-9 de junio de 1917, pp. 325-326.

Los editores se adaptaron a las exigencias patrióticas dando a conocer colecciones que acogían ensayos de varios especialistas, filósofos, historiadores, juristas o sociólogos: Chapelot, «La guerre européenne»; Floury, «La Grande Guerre»; Perrin, «Pour la vérité»; Colin, «Etudes et documents sur la guerre», o también el gran editor universitario Félix Alcan con sus «Brochures rouges», especialmente dedicados a estudios sobre la guerra. Alemania y el conflicto llegaron a ser temas de análisis en los que la ciencia se unió a la ideología, tal como mostraron los títulos de las obras *L'Allemagne et la Guerre* de Emile Boutroux, *La Signification de la Guerre* de Henri Bergson, *L'Allemagne au-dessus de tout* de Emile Durkheim, *Essai sur la formation de l'esprit public allemand* del jurista Jacques Flach o *L'Allemagne puissance du mal* del sociólogo durkheimiano Hubert Bourgin. Desde el verano 1914 se creó un Comité de estudios y documentos sobre la guerra, reuniendo la flor y nata de la universidad francesa (Emile Durkheim, Ernest Lavisse, Henri Bergson, Charles Seignobos o Charles Andler, entre otros), que tuvo como misión la publicación de folletos que justificaban la *guerre du droit*¹³.

Sin embargo, no puede reducirse el compromiso de los intelectuales a su movilización profesional, que consistía en adaptar sus producciones, fuesen las que fuesen, a las órdenes de la defensa de la patria. Algunos hicieron mucho más. Lo que se puede llamar por comodidad «clase intelectual» no fue integrada únicamente por propagandistas que animaron con valor a los que combatían. Los que tenían edad para combatir, incluso los que ya no la tenían como el filósofo Alain, cumplieron con su deber con una energía que atestiguan las elevadas tasas de mortalidad de grandes instituciones universitarias (la mitad de la promoción 1913 de la Escuela Normal Superior fue abatida) o la desaparición de varios grandes talentos, desde el escritor Charles Péguy al sociólogo Robert Hertz, pasando por el novelista Alain-Fournier. ¿Cuántos más se podrían citar entre los que componen una lista interminable de muertos o heridos, entre los cuales algunos fallecieron por sus heridas muchos años después de la guerra, como fue el caso del escritor Jean-Richard Bloch en 1947? Desde luego, la experiencia directa de la gue-

¹³ Eric THIERS: «Droit et culture de guerre 1914-1918. Le Comité d'étude et documents sur la guerre», *Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle*, 23 (2005), pp. 23-48.

rra marcó los espíritus de una manera indeleble que explica mucho del clima de entreguerras.

Los intelectuales demasiado viejos para ir al frente no renunciaron, sin embargo, a sacrificarse. Los ejemplos abundan. André Gide, aprovechando la interrupción de la publicación de *La Nouvelle Revue Française*, que sólo reapareció en tiempos de paz, se dedicó con fervor a una obra de guerra, el Foyer Belge, junto con su amigo, el escritor Charles Du Bos. Durante varios meses, ambos ocuparon todo el tiempo robado al arte y a la literatura a hacerse cargo de los refugiados belgas. El dramaturgo Eugène Brieux, por su parte, contribuyó a fundar una Casa de Reeducción de los Ciegos de la Guerra en Montferrand. Paul Claudel, diplomático de oficio y escritor de vocación, se puso a disposición de la «Maison de la Presse», encargada de controlar y difundir información, un trabajo de censura disimulada al cual contribuyó también el poeta Apollinaire, quien, después de resultar gravemente herido, fue afectado al Buró de la Censura¹⁴. También podríamos citar el caso del «Théâtre aux Armées», fundado por el administrador de la Comedia Francesa Emile Fabre, que en febrero de 1916 emprendió un «viaje patriótico».

«Viaje patriótico» a su manera, las series de conferencias de Bergson en los Estados Unidos fueron uno de los ejemplos más a menudo citados sobre la movilización de los intelectuales franceses. Bergson viajó en enero de 1917 con la misión de establecer contactos con el presidente Wilson y contribuir al desbloqueo de la situación financiera. Esto equivale a decir que el «viaje de conferencias» estaba más relacionado con el género diplomático que con la gesta intelectual. Hay que subrayar, sin embargo, que Bergson supo conjugar los dos propósitos, ya que fue recibido por el presidente estadounidense y también logró pronunciar algunas conferencias. A pesar de la guerra submarina, que lo asustaba, el filósofo francés cruzó el Atlántico cuatro veces:

«Au fond, concéda-t-il, ceux qui ne pouvaient combattre au front se reprochaient toujours à peine consciemment de vivre en parfaite sécurité, alors que nos soldats étaient exposés à des dangers mortels. A courir en-

¹⁴ Cfr. Annette BECKER: *Apollinaire. Une biographie de guerre*, París, Tallandier, 2009.

fin un risque, on se sentait rentrer dans des conditions normales et pouvoir être un peu moins mécontent de soi-même»¹⁵.

Conviene aquí dedicar unas líneas en particular a los académicos relacionados con las ciencias físicas y naturales¹⁶. Las concepciones más corrientes hacían del conflicto el primero en entrar en la era de la técnica, donde la fuerza del material predominaría sobre la habilidad de los hombres. La innovación confiada al genio de unos marcaría la diferencia entre los ejércitos. De la guerra submarina a los comienzos bélicos de la aeronáutica, del aumento formidable de la fuerza del fuego al uso de los gases mortíferos, se descubrió de nuevo hasta qué punto ciencia y guerra eran compatibles. «Au point de vue scientifique, la guerre actuelle renverse toutes nos idées de progrès»¹⁷, constató el físico Jules Violle, miembro de la Academia de Ciencias, analizando sin ningún orgullo los diferentes medios de matarse unos a otros que el arte de la guerra había sacado de la física y, con algún alivio, la ayuda que la ciencia podía aportar para ayudar a los heridos.

Cuando la mayor flexibilidad de las costumbres había sido pensada a lo largo del siglo XIX como la consecuencia última del avance de los conocimientos científicos, la guerra vino a cuestionar este vínculo fundamental que unía ciencia y progreso. Más allá de esas cuestiones susceptibles de provocar las primeras dudas morales de los científicos que desarrollaban la capacidad destructora, el tema del aporte de la ciencia a la guerra era mucho más inmediato¹⁸:

«Nous traversons une période si dure, qu'un homme tel que toi doit avoir hâte de rendre des services que seul il peut rendre. Tu peux et dois faire beaucoup. Heureusement tu n'a pas été convoqué selon cette mobilisation "statistique" qui admet que nous sommes tous identiques. La mobi-

¹⁵ Philippe SOULEZ: «Les missions de Bergson ou les paradoxes du philosophe véridique et trompeur», en Philippe SOULEZ (dir.): *Les Philosophes et la Guerre de 14*, Saint-Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 1988, pp. 65-81, p. 69.

¹⁶ Cfr. «Le Sabre et l'éprouvette. L'invention d'une science de guerre, 1914-1939», en *14-18 Aujourd'hui-Today-Heute*, 6, París, Noësis, 2003.

¹⁷ Jules VIOLLE: «Du rôle de la physique à la guerre», conferencia en el Conservatoire des Arts et Métiers, 10 de diciembre de 1914, *Revue scientifique*, 17 (28 de agosto-4 de septiembre de 1915), p. 384.

¹⁸ Cfr. Anne RASMUSSEN: «Science and Technology», en John HORNE (ed.): *A companion to World War I*, Chichester, Blackwell Publishing, 2010, pp. 307-322.

lisation “fine” t’est donc possible. En employant ton intelligence de physicien [...], tu peux rendre plus de services que mille sergents, malgré toute l’estime que j’ai pour ce grade honorable»¹⁹.

Con estos términos, Jean Perrin y Marie Curie invitaron al pacifista Paul Langevin a ponerse al servicio de la patria. Los intelectuales formaron una aristocracia que, sin duda, debía escapar al destino común sin apartarse por eso de la defensa de la nación en peligro.

Muchos fueron los que comprendieron este mensaje. El fisiólogo André Mayer y el químico Charles Moureu fueron empleados para la elaboración de los gases de combate²⁰. Cotton, Weiss, Borel, Langevin, Hadamard y otros iniciaron conjuntamente una nueva categoría de investigaciones, la localización acústica, que se refería tanto a la artillería pesada como a los submarinos o la aeronáutica. En la Escuela Normal Superior, los físicos se comprometieron en investigaciones sobre la localización de baterías por el sonido de los tiros de artillería. El propio Langevin dirigió investigaciones sobre las pólvoras de guerra²¹. Se podrían multiplicar los ejemplos. Todos demuestran esta movilización general de la ciencia francesa.

Resistir

Las actitudes que acabamos de describir fueron mayoritarias entre los intelectuales franceses, al menos durante los primeros meses de la guerra. La aceptación de la guerra no trató con indiferencia a esta capa particular de la población encargada de expresarla para marcar la tónica de la «opinión pública». Fueron pocos los que no la aceptaron. Expresar el rechazo a la guerra necesitó, pues, de una energía poco común que compartieron todos los disidentes, situa-

¹⁹ Carta de Jean Perrin y Marie Curie a Paul Langevin de 22 de enero de 1915, citada por Bernadette BENSUAUDE-VINCENT: *Langevin, science et vigilance*, París, Belin, 1987, p. 86.

²⁰ Cfr. Olivier LEPICK: *La Grande Guerre chimique 1914-1918*, París, PUF, 1998.

²¹ Cfr. Yves ROUSSEL: «L’histoire d’une politique des inventions, 1887-1918», *Cahiers pour l’histoire du CNRS, 1939-1989*, 3 (1989), pp. 19-57, y Gabriel GALVEZ-BEHAR: «Le Savant, l’inventeur et le politique. Le rôle du sous-secrétariat d’Etat aux inventions durant la Première Guerre mondiale», *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, 85 (2005), pp. 103-117.

dos en ruptura con la sociedad de su época. A fin de cuentas, fue una ruptura siempre valiente porque no sólo aportó confusión a unas existencias tranquilas y ordenadas, sino también, a veces, las puso sencillamente en peligro. Ser pacifista durante la Gran Guerra consistió en ponerse al margen de la sociedad, refugiarse en el exilio o la clandestinidad y, más generalmente, verse rechazado, fuera de la comunidad nacional²².

El escritor Romain Rolland fue uno de los primeros en encarnar la figura del disidente. Refugiado y aislado en Suiza, donde se encontraba cuando estalló la guerra, nunca dejó de denunciar la falta contra el espíritu de la cual, a sus ojos, la mayoría de los intelectuales eran culpables al someterse a la propaganda de Estado. Jamás pudo perdonar a sus semejantes un servilismo que señaló con encarnizamiento en muchos artículos. Enajenando su libertad, el intelectual traicionaba su misión, tema que encontramos en el ensayo de Julien Benda. Desde un punto de vista que aporta mucho para la comprensión de la posición social que los intelectuales se habían arrogado en Francia, Rolland perdonaba la obcecación de las masas y su trágico consentimiento, pero rehusaba toda indulgencia a aquellos que detentaban el monopolio de la razón. Dirigiéndose a todos los intelectuales europeos sin límite de fronteras, lamentaba que por

«loyalisme aveugle, par coupable confiance, ils se sont jetés tête baissée dans les filets que leur tendait leur impérialisme. Ils ont cru que le premier devoir pour eux était, les yeux fermés, de défendre l'honneur de leur Etat contre toute accusation. Ils n'ont pas vu que le plus noble moyen de le défendre était de réprover ses fautes et d'en laver leur patrie...»²³.

No había entonces diferencia alguna entre Alemania y Francia, ambas eran grandes criminales. Su acusación no tenía matices: «Donnez à un intellectuel n'importe quel idéal et n'importe quelle mauvaise passion, il trouvera toujours moyen de les ajuster ensemble»²⁴, y, más lejos, aun en el mismo libro de artículos, *Au-dessus de la mêlée*, cuya recepción fue tan importante: «L'Allemagne

²² Cfr. Galit HADDAD: *1914-1919. Ceux qui protestaient*, París, Les Belles lettres, 2012.

²³ Romain ROLLAND: *Au-dessus de la mêlée*, París-Neuchâtel, Ollendorff-Attinger, 1915, p. 12.

²⁴ *Ibid.*, p. 86.

n'aura pas eu d'ennemis plus funestes que ses intellectuels. [...] Je ne suis pas fier non plus des intellectuels français. L'idole de la race, ou de la civilisation, ou de la latinité, dont ils font tant abus, ne me satisfait pas»²⁵.

La notoriedad Romain Rolland —Premio Nobel de Literatura en 1915— sacó un provecho considerable de la publicación de sus artículos en agosto y septiembre de 1914 en el *Journal De Genève*, reunidos poco después en un volumen que llegó a ser uno de los libros emblemáticos del pacifismo de la Gran Guerra: *Au-dessus de la mêlée*. Nada predisponía a este escritor, que había rechazado tomar partido durante el caso Dreyfus, a convertirse en el mito vivo que acabó por encarnar en pleno entusiasmo pacifista. Novelista, historiador de la música, dramaturgo, puro «hombre de letras», en suma, nunca había manifestado interés por el arte periodístico. No era su preferencia. Las atrocidades de la guerra mundial fueron necesarias para convencerle de no quedar en el confinamiento propio al carácter del artista. Rolland contribuyó, a su manera, a la invención de la disidencia²⁶.

No hay que confundirse respecto al primer texto que hizo realmente famoso a Romain Rolland y lo convirtió también en padre del compromiso en su versión más contemporánea. *Au-dessus de la mêlée* no es para nada la filípica antipatriótica y radical que sus adversarios presentaron a la opinión pública²⁷. Al contrario, se encuentra lleno de una ponderación que sorprende respecto a lo que Rolland encarnaría poco después para el mundo. Descubrimos más un apego a Francia y a su cultura que una verdadera neutralidad:

«Je veux que la France soit aimée, écrit-il, je veux qu'elle soit victorieuse non seulement par la force, non seulement par le droit (ce serait encore trop dur), mais par la supériorité de son grand cœur généreux. Je veux qu'elle soit assez forte pour combattre sans haine et pour voir, même dans ceux qu'elle est forcée d'abattre, des frères qui se trompent et dont il faut avoir pitié, après les avoir mis dans l'incapacité de nuire»²⁸.

²⁵ *Ibid.*, p. 92.

²⁶ Sobre Romain Rolland, podemos referirnos a Bernard DUCHATELET: *Romain Rolland, tel qu'en lui-même*, París, Albin Michel, 2002.

²⁷ Por ejemplo: Henri MASSIS: *Romain Rolland contre la France*, París, Floury, 1915.

²⁸ Romain ROLLAND: *Au-dessus de la mêlée...*, pp. 78-79.

Además, hay pasajes poco agradables para Alemania, que vienen de un autor impregnado de cultura alemana. Como hemos visto, no fue el único caso. Como muchos otros, Rolland asumió la responsabilidad de los tópicos en curso sobre el pangermanismo y la fuerza brutal heredera del espíritu prusiano. Esta red de apreciaciones, forjadas de manera determinante sobre la base del conocimiento intuitivo de los pueblos y de las naciones, vehiculadas por todo lo que se escribía en masa sobre Alemania, fueron una evidencia que en los primeros meses del conflicto se impuso a todos, incluso a Romain Rolland. Aunque este último, con el ejemplo de algunos conocedores de Alemania preocupados por no reducir su cultura al tópico de la «brutalidad prusiana», se ocupó de distinguir entre las dos Alemanias. Después del bombardeo de Lovaina, interpeló a Gerhart Hauptmann con unas palabras que se dirigían a toda Alemania: «Etes-vous les petits-fils de Goethe ou ceux d'Attila?»²⁹.

En el fondo, lo que más afligía a Rolland era ver «les trois plus grands peuples d'Occident, les gardiens de la civilisation» despellarse, recurriendo a turcos, japoneses, cingaleses, sudaneses, senegaleses, marroquíes, egipcios y cipayos, en resumen a los «barbares du pôle», «ceux de l'équateur», las «âmes» y las «peaux de toutes les couleurs»³⁰. Lo que chocaba al escritor, «fils de Beethoven, de Leibniz et de Goethe»³¹, era la lucha absurda iniciada entre unos intelectuales artificialmente relacionados con dos campos en conflicto, pero que en realidad no tenían otra patria que la del espíritu. La guerra no era nada más que una ofensa escandalosa a los intereses intangibles de lo universal, de los que artistas y escritores eran depositarios.

En torno a Romain Rolland se constituyó una familia de espíritus con vínculos muy estrechos. Durante toda la guerra permaneció en Suiza y atrajo a muchos jóvenes intelectuales que descubrieron en él un caluroso consuelo, tal como muestran las intensas correspondencias mantenidas entre el escritor y sus discípulos. En su *Journal des années de guerre*, Rolland reprodujo varios testimonios de estas amistades, panorama exacto de un medio ultra

²⁹ *Ibid.*, p. 5. Sobre el tema de las «dos Alemanias», referirse a Martha HANNA: *The Mobilization of Intellect...*

³⁰ *Ibid.*, pp. 24-25.

³¹ *Ibid.*, p. 41.

minoritario de disidentes. Varios de sus jóvenes admiradores estaban en el frente pero todos comulgaban en la misma fascinación por quien había sido el primero en decir «no» frente a los beligerantes.

Rolland también fue el mentor de toda una pléyade de pequeñas revistas pacifistas. Para ellas, fue el intelectual de referencia. En su declaración de principios, *Franchises* hacía alarde de su rollandismo: «Anarchistes! Syndicalistes! Socialistes! Vieilles formules périmées. Romain Rolland est plus près de nous que Kropotkine, et Liebknecht n'est tout de même pas du même parti qu'Albert Thomas»³². Otra revista del mismo estilo, *La Forge*, rindió varios homenajes al escritor, alabado como unas «des consciences du monde»³³. *La Caravane*, por su parte, hablaba de «notre vénéré maître et ami Romain Rolland»³⁴. En su segunda entrega, *L'Ecole de la fédération* sintió la obligación de dar a conocer a sus lectores «l'homme qui sut rester lui-même»³⁵, mientras que el filólogo Albert Dauzat, en los *Cahiers idéalistes français*, saludó a Rolland como «l'un des maîtres intellectuels et moraux dont la France aura besoin»³⁶. Pacifista sin concesiones, Henri Guilbeaux extendió aún más la afiliación al rollandismo en la pequeña revista que acababa de crear, *Demain*: «Romain Rolland est l'un des rares guides intellectuels qui aient conservé la lumière de la foi toute radieuse et claire et n'aient pas renoncé à leur robuste idéal»³⁷.

Otro gran escritor resistente, pero no disidente, fue el novelista Henri Barbusse. Había combatido, y de esta experiencia fue uno de los primeros escritores que entregó un relato literario, *Le Feu*, que tuvo muchísimo eco en los medios pacifistas, pero también más allá, ya que Barbusse recibió el prestigioso Premio Goncourt en 1916, que, sin embargo, tuvo que compartir con una muy patriótica

³² «La rédaction de *Franchise*», *Franchise*, 1 (31 de marzo de 1918).

³³ Louise BODIN: «Henri Heine et Romain Rolland», *La Forge*, 8 (julio de 1918), p. 191.

³⁴ Paul CHARRIER: «Au hasard de la route», *La Caravane*, 3 (marzo de 1917), p. 2.

³⁵ *L'Ecole de la Fédération*, 2 (2 de octubre de 1915).

³⁶ Albert DAUZAT: «Romain Rolland», *Les Cahiers idéalistes français*, 6 de julio de 1917, p. 175.

³⁷ Henri GUILBEAUX: «... et demain?...», *Demain. Pages et documents*, 1 de enero de 1916, p. 63.

novela, *L'Appel au sol*, de Adrien Bertrand. Antes de su publicación en volumen, *Le Feu* ya había aparecido en folletines en el periódico de izquierda dirigido por Gustave Téry *L'Oeuvre*, en el que había sido censurado varias veces. En 1918 se vendieron 200.000 ejemplares del libro³⁸. Otras obras, sin alcanzar el estatus de la novela de Barbusse, alimentaron lo que se podría designar como una cultura pacifista. Los relatos de Léon Werth, Raymond Lefebvre, Paul Vaillant Couturier, Roland Dorgelès o Georges Duhamel, la mayoría publicados en los últimos meses de la guerra, llegaron a ser referencias entre las revistas pacifistas.

Fueron estas últimas las que estructuraron eficazmente la disidencia intelectual pacifista. Fueron numerosas, a menudo efímeras, y estuvieron expuestas a las dificultades materiales (el abastecimiento en papel) y a la censura. Una de las primeras, creada en las primeras semanas de guerra, fue *La Caravane*. Dentro de su carácter literario, se permitía algunas intrusiones en el campo político. También encontramos allí una voluntad de tejer vínculos entre hombres dispersos por la guerra y la esperanza de constituer una familia. Las revistas también mantuvieron entre ellas fuertes relaciones ya que los autores circulaban entre ellas.

Fundada en 1913 y relanzada en mayo de 1916, *Les Humbles* constituye otro de los polos de este campo y responde a las mismas exigencias. En su primer número, su director, Maurice Wullens, subrayó los objetivos del periódico:

«Les Humbles ressuscitent. [...] Assez des nôtres sont morts vaillamment à la tâche pour que nous puissions continuer, la tête haute, l'œuvre commencée. Après avoir manié pour la France en danger le terrible et lourd fusil, nous pouvons bien reprendre la plume fragile dont on voulut maintes fois nous dénier l'usage. [...] Certes je ne dissimule pas les difficultés de l'entreprise. Notre cercle est dispersé. Après dix-huit mois de tribulations, de campagne et de captivité, je suis rendu, meurtri, mais vivant, à la vie civile. Des camarades moins heureux sont disparus; d'autres, encore au front, ne me seront pas d'un grand secours – pécuniaire, s'entend»³⁹.

³⁸ Jean VIC: *La Littérature de guerre. Manuel méthodique et critique des publications de langue française*, 2 de agosto de 1914-11 de noviembre de 1918, t. III, 1916-1918, París, Les Presses françaises, 1923, p. 257.

³⁹ Maurice WULLENS: «Aux instituteurs et institutrices de France», *Les Humbles. Revue littéraire des primaires*, 1 (1 de mayo de 1916), pp. 1-2.

La idea de una comunidad de destino se perfilaba, al origen de una nueva generación, con un mensaje específico apoyado en una experiencia inaudita.

Demain fue la revista pacifista más radical, prohibida no sólo en Francia sino también en Inglaterra e Italia. Fue la que dispuso de una dimensión política más afirmada. Su director, Henri Guilbeaux, había sido movilizado en un primer momento en un regimiento de infantería. Acabó por refugiarse en Ginebra gracias al apoyo de Romain Rolland, que le consiguió un pasaporte. Zimmerwaldiano convencido, presente en Kienthal, delegado en Suiza del Comité para la reactivación de las relaciones internacionales, quiso que su revista fuera el órgano del «pacifismo revolucionario»:

«C'est une rude tâche que nous nous proposons et c'est bien pour cela que nous l'entreprenons. On entend partout le bruit sinistre et formidable des canons et des fusils et les clameurs de haine et de rage. Mais nous savons que les intellectuels et les publicistes qui donnent libre cours à leur mauvaise propagande, sont loin d'être approuvés par tout le monde. Dans tous les pays en guerre, il y a de nombreux hommes qui sont demeurés des "hommes". C'est à eux que nous nous adressons. Au culte de la haine et des préjugés, nous voulons substituer celui de l'humanité et de la vérité. Partant de ce fait que la guerre n'est pas éternelle et qu'un temps viendra où s'imposera la paix, nous voulons dès à présent préparer la reprise des rapports entre les peuples. Il faut non seulement se préoccuper des conclusions de cette guerre épouvantable et longue, mais étudier dès maintenant tous les moyens propres à essayer d'éviter ce redoutable fléau. Demain est un laboratoire où s'exercera la libre recherche et où seront conviés, accueillis, les spécialistes et les techniciens de toutes sortes. Nous publierons les œuvres et les écrits témoignant la résistante fidélité au robuste idéal renié avec fracas par les intellectuels qui, avant cette guerre, tiraient vanité du radicalisme de leurs conceptions. Nous ferons connaître au public tout ce que laisse ignorer trop souvent la presse ainsi que les variés et abondants documents de toute nature, que connaissent seuls quelques privilégiés»⁴⁰.

Demain es «una revista alemana», escribía frecuentemente *L'Action française*. Suscitó un mar de odio comparable al que la figura de Rolland había causado. La guerra contribuyó, así, a comparti-

⁴⁰ «A nos lecteurs», *Demain. Pages et documents*, 1 de enero de 1917.

mentar una vida intelectual inestable fijando las posiciones de cada uno. Dio una nueva dimensión al intelectual opositor.

En medio de este ambiente reinó *La Forge*, emanación tardía de un pequeño grupo de intelectuales de izquierda nacidos antes de la guerra, la Ghilde des Forgerons. El periódico fue lanzado a principios del año 1917 y aspiró a reunir

«fraternellement une jeunesse qui n'a rien abdiqué de ses droits, pas même ses espérances. Pour elle, la Raison et la Justice seront encore les plus grandes forces du devenir humain; pour elle, le pur génie devra sortir intact du cataclysme qui bouleverse actuellement le monde et trouble tant de consciences. Incontestablement, la sauvegarde de ce patrimoine de l'Humanité incombe à la jeunesse...»⁴¹.

Por lo demás, no hay que reconocer únicamente en la creación de esta revista para jóvenes intelectuales, combatientes o excombatientes la manifestación reconocida de alguna clase de temeridad juvenil. El manifiesto de *La Forge* lo revelaba con nitidez: existía ante todo en sus fundadores la voluntad de desempeñar un papel en el necesario renacimiento de posguerra.

Las conductas de los intelectuales hostiles a la guerra no se redujeron a una única actitud de protesta pública, más o menos profundamente manifestada. Muchos escritores dejaron de escribir y se encerraron en un silencio más o menos forzado, como podemos ver en el ambiente de la *Nouvelle Revue française*, que durante los años del conflicto suspendió su publicación. No todos sus colaboradores fueron pacifistas, pero algunos de ellos hicieron de su silencio una protesta íntima cuya huella es visible en las correspondencias. Desde este punto de vista, es interesante estudiar el caso de Roger Martin du Gard. La guerra fue para el escritor la negación misma de todo lo que había creído y esperado:

«Elle démolit toute espérance en un progrès possible de l'humanité. Qu'une telle guerre puisse avoir commencé, puisse durer, puisse s'éterniser même sans qu'on en voie la fin, et surtout que la majorité, la grande majorité de nos contemporains l'acceptent, ou s'y résignent, cela, je ne pourrai jamais l'oublier, et il m'en restera toute ma vie une fêlure»⁴².

⁴¹ *La Forge*, primer cuaderno, 1.º trimestre, 1917, p. 1.

⁴² Carta de Roger Martin du Gard a Maurice Ray de 24 de abril de 1915, en

Esta soledad del disidente, agobiado por su aislamiento frente a una opinión que consentía lo que sucedía, se expresó en muchas cartas de Martin du Gard: «Tout le monde “s’installe” dans la guerre. Moi pas. Moins que jamais. Plus révolté, plus hérissé que je n’ai jamais été. Ça devient intolérable»⁴³; «Je ne me sens plus à l’unisson de personne, écrit-il encore dans une autre lettre. Je n’ai envie de revoir personne»⁴⁴. Cuanto más duraba la guerra, tanto más se reforzaba el sentimiento de marginalidad: «A quand la tour d’ivoire? Ah, je vais m’enfermer à triple muraille, et être un peu seul, seul!»⁴⁵.

A este encierro se incorporaba a menudo una mala conciencia que la elección del silencio no podía apaciguar. Algunos intentaron remediar esto comprometiéndose, como, por ejemplo, el filósofo Alain (Emile Chartier), quien, durante el periodo de entreguerras, fue el filósofo pacifista por excelencia. Con cuarenta y seis años de edad en el momento en que se iniciaron las hostilidades, fue eximido del servicio armado. Pero no quiso aprovechar su situación. Aunque era un pacifista convencido, se enroló. Como telefonista, se obstinó en rechazar cualquier ascenso que le hubiera aislado del escenario de la guerra cotidiana y de la relación con sus camaradas. ¿No era necesario poder hablar un día del horror para revelarlo mejor? En Alain, en esta experiencia estuvo el origen de una admiración sin límites por el valor de los soldados y de un odio feroz para todos los que, desde la retaguardia, les animaban a combatir. Gravemente herido en 1916, obligado a permanecer seis meses en el hospital, quiso, sin embargo, volver con los combatientes. Su herida mal curada le obligó, no obstante, a renunciar. Declarado inútil por enfermedad en octubre de 1917, tuvo que recuperar su puesto de profesor de filosofía: «L’assassin n’est pas l’Allemand, écrit-il dans une lettre du 18 janvier 1917, c’est le Français dans son fauteuil»⁴⁶.

Roger Martin DU GARD: *Correspondance générale*, edición de Maurice RIEUNEAU con la colaboración de André DASPRES y Claude SICARD, t. 1, París, Gallimard, 1980, p. 64.

⁴³ Carta de Roger Martin du Gard a Maurice Ray de 8 de noviembre de 1916, *ibid.*, p. 163.

⁴⁴ Carta de Roger Martin du Gard a Maurice Ray de 17 de diciembre de 1916, *ibid.*, p. 164.

⁴⁵ Carta de Roger Martin du Gard a Maurice Ray de 20 de noviembre de 1918, *ibid.*, p. 252.

⁴⁶ Citada por Olivier REBOUL: «Alain et la guerre», en Philippe SOULEZ (dir.): *Les Philosophes et la Guerre de 14...*, p. 95.

Si el periodo de las hostilidades dejó a menudo sin voz a los observadores de la vida cultural, precisamente fue porque ésta resultó enteramente consumida por las necesidades del conflicto. Nadie pudo escapar a la dictadura de la Historia. La producción cultural fue excesivamente afectada tanto en los temas tratados como en las formas adoptadas. Algunos, hostiles al pacifismo, pudieron temer inclusive que las condiciones de vida impuestas por la guerra tuvieran como consecuencia la pérdida de su vitalidad intelectual. Roger Picard, antiguo activo colaborador de la *Revue socialiste*, movilizado desde el principio del conflicto, envidiaba sus camaradas catedráticos de Derecho «confortablement installés à Paris ou aux environs, où ils continuent de travailler, d'assurer leur avenir universitaire et d'entretenir leur esprit dans les études que j'oublie un peu chaque jour»⁴⁷. El filósofo Alain, por su parte, utilizó el conflicto como un laboratorio donde poner a prueba su filosofía de las pasiones⁴⁸. La guerra, según él, era el producto de la parte mala del hombre. Cada uno era responsable de ella y no se podía reducir la irrupción del conflicto a una disputa de intereses irreconciliables. Es conocido el éxito que esta metafísica tuvo en Europa en el periodo de entreguerras. La historia intelectual de Alemania revela que ésta fue sin duda la nación más afectada por un conflicto durante el cual se elaboraron las reflexiones de los intelectuales que dieron lugar a la «revolución conservadora» de posguerra⁴⁹. Oswald Spengler afirmó haber experimentado la necesidad de reorganizar el primer volumen de *La decadencia de Occidente* ante el espectáculo de las hostilidades. Francia no inventó nada tan influyente, pero en ella tanto la guerra como la nación se convirtieron en categorías fundamentales del pensamiento contemporáneo.

⁴⁷ Carta de Roger Picard a André Lebey de 4 de mayo de 1915, Office universitaire de recherches socialistes, París, Fonds Lebey.

⁴⁸ François FURET: *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX^e siècle*, París, Robert Laffont/Calmann-Lévy, 1995, pp. 64-65.

⁴⁹ Cfr. Zeev STERNHELL (dir.): *L'Éternel Retour. Contre la démocratie l'idéologie de la décadence*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1994.

Testimoniar

De las tres funciones principales que hicieron del intelectual una figura contemporánea —el compromiso, la resistencia y el testimonio—, esta última ha sido la que ha llamado la atención de los historiadores últimamente. La progresiva desaparición de los últimos testigos directos del conflicto (el último «poilu», Lazare Ponticelli, falleció en marzo de 2008) sin duda alimentó mucho esta curiosidad que, por cierto, no concierne únicamente a los intelectuales —que siempre estamos buscando al testigo «auténtico» que no sabría leer ni escribir— pero les implica prioritariamente por razones sociológicas que son fáciles de entender. Profesionales del discurso, los intelectuales ocupan el primer plano del testimonio de la Gran Guerra.

Esta misión no fue del todo inédita ya que a su manera los eruditos siempre habían sido testigos de su tiempo dejando para los historiadores una gran cantidad de escritos de los cuales éstos habían sacado provecho⁵⁰. Sin embargo, con la Gran Guerra, el testimonio cobró una nueva y masiva dimensión. Aunque las «memorias», los «recuerdos» o las «autobiografías» fueran viejos géneros literarios⁵¹, la Primera Guerra Mundial promovió menos un género que una práctica nacida de la conciencia aguda de un tiempo considerado como absolutamente excepcional. Los testigos demostraron el carácter inaudito de lo que vivían, tan inaudito que les costó transmitirlo al no saber situar las fronteras entre lo verdadero y lo falso⁵². En la Gran Guerra, la inestabilidad de lo real se fundó ampliamente en la imposibilidad de analizarlo y de dar cuenta de ello. ¿Existe un *leitmotiv* más difundido en los testimonios de agosto de 1914 que ese «no sabemos nada» generalizado, punto de partida que no dejará de representarse en cada momento del conflicto y en todas sus dimensiones? La extinción repentina del flujo de informaciones que irrigaban en tiempos de paz el espacio público aso-

⁵⁰ Cfr. Christian JOUHAU, Dinah RIBARD y Nicolas SCHAPIRA: *Histoire, Littérature, Témoignage. Ecrire les malheurs du temps*, París, Gallimard, 2009.

⁵¹ Cfr. Jean-Louis JEANNELLE: *Ecrire ses Mémoires au XX^e siècle. Déclin et renouveau*, París, Gallimard, 2008.

⁵² Cfr. Christophe PROCHASSON y Anne RASMUSSEN (dir.): *Vrai et faux dans la Grande Guerre*, París, La Découverte, 2004.

ció inmediatamente el estado de guerra con la ignorancia e instituyó la duda en norma social. Lúcido ya en la primera carta que envió a su mujer Alice el 4 de agosto de 1914, el etnólogo durkheimiano Robert Hertz le advirtió contra «les nouvelles (toutes fausses) qui circulent»⁵³, estableciendo así un elemento constante del conflicto: la penuria no creaba un vacío, sino un espacio repleto de noticias, verdaderas o falsas. Es preciso resaltar además que esta verdad fallida y turbulenta constituyó un nuevo objeto para unas ciencias sociales para las cuales la guerra también fue un laboratorio. Constituyó, como subrayó Marc Bloch, el terreno propicio para el surgimiento, el día de las primeras manifestaciones, de una conciencia colectiva que procedía de sociedades fragilizadas y que resultaban vulnerables por el conflicto, listas para retroceder, en estas circunstancias, hacia fases sociales anteriores. El historiador estableció en un programa de «enquête sérieuse», que proponía dedicar a partir de 1921 a las falsas noticias de la guerra⁵⁴, que la dialéctica de lo verdadero y lo falso resaltaba perfectamente en el orden de la creencia y de las representaciones.

Se dio testimonio sin demora y a veces sin la distancia necesaria para el enfoque científico. Desde el primer año del conflicto, escritores más o menos improvisados y hombres de letras más o menos inspirados se pusieron a escribir. Sus testimonios se presentaron bajo formas extremadamente variadas, dirigiéndose a círculos más o menos amplios. Los formatos fueron adaptados a la situación. De la epístola dirigida a un solo lector a la que se leía colectivamente, del pequeño informe manuscrito al «Diario de los años de guerra» publicado en una editorial importante, del relato de la experiencia de guerra a la novela, el inventario de los escritos de guerra fue constituido rápidamente por lo que, a partir de los años 1920, desearon poner orden en un catálogo abundante y confuso.

Aquí conviene detenerse en uno de los analistas más interesantes y controvertidos del testimonio de la Gran Guerra, él mismo excombatiente, Jean Norton Cru. Estudiar su obra consiste en sacar a

⁵³ *Un ethnologue dans les tranchées, août 1914-avril 1915. Lettres de Robert Hertz à sa femme Alice*, París, CNRS éditions, 2002, p. 39.

⁵⁴ Marc BLOCH: «Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre», *Revue de synthèse*, t. XXXIII, 97-99 (1921); también en Marc BLOCH: *Ecrits de guerre, 1914-1918*, edición de Etienne BLOCH, introducción de Stéphane AUDOIN-ROUZEAU, París, Colin, 1997.

la luz muchos problemas planteados por la práctica del testimonio y su recepción. Su obra no puede ser entendida desde la ignorancia de su autor y del ámbito intelectual en el cual ambos se incluyen. Hasta las más recientes controversias que hicieron de este singular autor un verdadero punto de anclaje, Jean Norton Cru, desde la publicación de su obra más importante, *Témoins*, en 1929, fue situado en medio de los enfrentamientos entre aquellos que odiaban y aquellos que saludaban su valor intelectual⁵⁵. La reciente edición de su correspondencia de guerra aporta informaciones útiles sobre la génesis de esta obra y la psicología de su autor. Los numerosos adversarios de Norton Cru, que se alzaron contra su libro en cuanto fue publicado, no dejaron de señalar el carácter rígido del autor, «sectaire du fait», como escribió Julien Benda. Su concepción del testimonio le valió ásperas réplicas, como la de una de sus víctimas preferidas, Roland Dorgelès, celebrado autor de las *Croix de Bois*, que escribió en *Nouvelles Littéraires*:

«Ce que M. Cru inaugure, c'est, en somme, la critique selon saint Thomas. Ce qu'il n'a pas vu, il le nie. Il le nie obstinément, aveuglément. Il sait mieux que nous ce qui se passait dans notre propre tranchée, reprend les artilleurs, dément les sapeurs du génie, contredit les aviateurs, et pousse l'aplomb jusqu'à récuser le témoignage de Remarque comme combattant allemand»⁵⁶.

Con motivo de la publicación de *Témoins*, él mismo había notado con una pizca de picardía que «s'il suffisait d'avoir vécu un drame pour le bien conter, ce n'est pas Flaubert qui aurait écrit Madame Bovary: c'eut été le pharmacien»⁵⁷.

⁵⁵ Cfr. Frédéric ROUSSEAU: *Le procès des témoins de la Grande Guerre. L'affaire Norton Cru...* Nos referiremos a la publicación del expediente de prensa reunido por Jean Norton Cru en la última edición de *Témoins*, prefacio y posfacio de Frédéric ROUSSEAU, Nancy, Presses Universitaires de Nancy, 2006, pp. S61-S195.

⁵⁶ Roland DORGELÈS: «Monsieur Cru ou la critique selon St. Thomas», *Les Nouvelles Littéraires*, 11 de enero de 1930, citado por Leonard V. SMITH: «Jean Norton Cru, lecteur des livres de guerre», *Annales du Midi. Revue de la France méridionale*, t. 112, 232 (2000), pp. 517-528, p. 517, e ID.: *The Embattled Self. French Soldiers' Testimony of the Great War*, Ithaca-London, Cornell University Press, 2007.

⁵⁷ Roland DORGELÈS: *Les Nouvelles Littéraires*, 1 de diciembre de 1928, citado en la edición 2006 de *Témoins*, p. S61.

La configuración psico-intelectual del autor se apoya en un trípode: realismo, racionalismo, utilitarismo. El realismo de Norton Cru se aprecia en su voluntad de conciliar las palabras con las cosas. No sorprende ver a este profesor de francés en Estados Unidos —había obtenido un puesto en 1912 en el Williams College de Williamstown en Massachusetts— convertirse en intérprete a partir de finales de enero de 1917 y apasionarse por su trabajo. Tampoco sorprende su entusiasmo por los sinónimos, que le permiten ejercer su gusto por lo que llama «exactitud», ni sus obsesiones higienistas que le condujeron a disculparse con su hermana después de tantos consejos con los que la agobiaba («Pardonne ton vieux maniaque de grand frère»⁵⁸, le escribió), ni el saber enciclopédico que le incitó a acumular conocimientos precisos sobre todo: la longitud de las redes de ferrocarriles del mundo entero, la lista de las siete líneas transcontinentales a través de las Montañas Rocosas, los tipos de locomotoras y el peso de los modelos recientes⁵⁹.

Su racionalismo se expresa en sus referencias a Descartes y Pascal:

«J'ai glané pendant plusieurs années des noms, des œuvres, des faits, des chiffres. C'est si peu pour une si vaste question, mais lorsque je parle, j'ai la satisfaction de pouvoir m'appuyer sur des réalités, de faire connaître à certains tant de choses dont ils ne se doutent pas, mais dont ils ne peuvent douter car je ne parle pas en l'air, "de chic", d'imagination, comme c'est la déplorable habitude chez la plupart des humains. Ayons donc l'esprit logique et scientifique! Croyons-en Descartes et Pascal qui ont tant fait pour nous apprendre l'ordre et l'honnêteté dans l'expression des pensées et dans leur enchaînement. Songeons au sérieux de la raison raisonnante, aux méfaits de ses erreurs, de son oubli des règles. N'oublions pas tout ce que les grands penseurs ont dit de la valeur du témoignage et du critérium de la vérité. Soyons scrupuleux»⁶⁰.

La utilidad constituye uno de los principales temas de la moral de Jean Norton Cru. Cada existencia y cada acción tienen que ser

⁵⁸ Carta de Jean Norton Cru a su hermana Alice de 10 de enero de 1918, en Marie-Françoise ATTARD-MARANINCHI y Caty ROLAND (eds.): *Jean Norton Cru. Lettres du front et d'Amérique (1914-1919)*, Préface de Jean-Marie Guillon, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 2007, p. 282.

⁵⁹ Carta de Jean Norton Cru a su madre de 5 de enero de 1918, *ibid.*, p. 274.

⁶⁰ Carta de Jean Norton Cru a su hermana Alice de 22 de octubre de 1916, *ibid.*, pp. 189-190.

útiles. Por ello se quejó durante mucho tiempo, hasta su afectación al cuerpo de los intérpretes, por no ser «útil». Su guerra en el territorio, a menudo en primeras líneas desde el mes de octubre de 1914 hasta el mes de enero de 1917, pero pocas veces como combatiente (aunque se encontró dos veces en situación de combate, especialmente en Verdun en el verano 1916), no le parecía que estaba en concordancia con sus capacidades.

La trayectoria de Norton Cru también se inscribe en un escenario general y en relación con éste. No fue el primero en tomar conciencia de la importancia de testimoniar sobre los acontecimientos inauditos que la guerra había provocado. Desde el comienzo del conflicto, el rector de la Academia de Grenoble, Charles Petit-Dutaillis, pidió al magisterio de su incumbencia hacer constar por escrito los acontecimientos que estaban viviendo y que consideraban dignos de ser revelados. Por una circular del 3 de mayo de 1915, el director de Enseñanza Superior, por su parte, llamó a las sociedades académicas, los comités departamentales de la Historia de la Revolución, los rectores de la Academia y los profesores de universidad a que movilizaran al magisterio tal como lo había hecho Petit-Dutaillis. Les recomendaba «expressément de n'accueillir que des renseignements rigoureusement contrôlés» porque no se trataba «de laisser s'établir des légendes, ni des "mots historiques inventés"»⁶¹.

El testigo en historia no tiene el mismo estatus que el testigo en justicia. Su palabra es mucho más que un mensaje informativo. Posee «una reflexividad política» y una dimensión moral⁶². El testigo relata hechos y se esfuerza por dar un significado moral a su experiencia. Comprendemos que la obra de Jean Norton Cru pueda constituer «une page importante dans l'histoire théorique du témoignage». Este «témoin de témoins» asumió la responsabilidad del «requisit des magistrats vis-à-vis d'un témoin oculaire: faire la

⁶¹ *Revue historique*, mayo-junio de 1915, p. 420. Cfr. Jean-Jacques BECKER: *Mil neuf cent quatorze: comment les Français sont entrés dans la guerre: printemps-été 1914*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1977.

⁶² Renaud DULONG: *Le Témoin oculaire. Les Conditions sociales de l'attestation personnelle*, París, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1998, p. 16. Referirse también a Michael POLLACK (con Nathalie HEINICH): «Le témoignage», *Actes de la recherche en sciences sociales*, junio de 1986, y a Annette WIEVIORKA: *L'Ère du témoin*, París, Plon, 1998.

preuve qu'il raconte ce qu'il a vu»⁶³. Si bien no fue el único de su especie en establecer el «modelo judicial» del testimonio, fue uno de los más rigurosos críticos de los testigos de la Gran Guerra.

Norton Cru seleccionó 250 autores y 300 volúmenes publicados entre 1914 y 1928 y comenzó un gran trabajo de crítica que terminó con la famosa publicación de 1929. Para él, lo que estaba en juego con la cuestión del testimonio de guerra era sencillamente formidable. Su gestión no se parece en nada a la del historiador erudito, aunque a menudo comparta las prácticas y reconozca que su trabajo tiene que servir ante todo a los historiadores del porvenir. Aspira a mucho más. De la calidad del testimonio sobre la Gran Guerra depende, ni más ni menos, «la destinée future de l'humanité»⁶⁴. Las insuficiencias de la «ciencia del testimonio» de su tiempo —Cru conocía bien los trabajos de los psicólogos sobre la cuestión—, que a menudo invertía los papeles entre «buenos» y «malos» testigos, tenían como consecuencia la prohibición del acceso a un conocimiento correcto sobre la guerra. Este desconocimiento contenía el germen del peligro de otra guerra. En la obra de Norton Cru, hay, pues, una dimensión *civilisationnelle* que quizás explica su alma de misionario.

Sólo podían ser seleccionados los relatos que venían de autores que habían ido al frente y en condiciones que les habían permitido tener un conocimiento directo de lo que relataban. De esta manera, rechazaba los testimonios de autores cuyo grado era superior al de capitán. En cuanto el testigo se alejaba del relato de su propia experiencia, por ejemplo bajo la influencia de lecturas anteriores o leyendas que venían a perturbar su relato personal, perdía fiabilidad: «Ces quelques citations prouvent de la façon la plus irrécusable que l'auteur a raconté les faits non d'après ses notes du front, mais d'après ses lectures ou d'après le folklore de l'arrière, celui de la période octobre 1914-mai 1915»⁶⁵. Reprochaba lo mismo a cuantos renunciaban a su autonomía intelectual, pensando, desgraciadamente, que servían mejor a los historiadores del futuro dando a su

⁶³ Renaud DULONG: *Le Témoin oculaire...*, p. 74.

⁶⁴ Jean Norton CRU: «Le témoin de guerre», *Le Crapouillot*, agosto de 1930, p. 20.

⁶⁵ Recensión de Adrien BERTRAND: *La victoire de Lorraine. Carnet d'un officier de dragons*, París-Nancy, Berger-Levrault, 1915, citado en Jean NORTON CRU: *Témoins. Essai d'analyse et de critique des souvenirs des combattants édités en français de 1915 à 1928*, París, Les Etincelles, 1929, p. 91.

visión un alcance general del cual el testimonio individual se veía desprovisto. Precisamente lo contrario era lo que Norton Cru afirmaba a lo largo de su libro.

Esta condición de producción del testimonio constituye uno de los elementos de su validación. No es la única. Luego vienen cualidades intrínsecas y asociadas a la persona misma del autor. La primera reside en la dimensión literaria del texto. En relación con esto, la posición de Norton Cru es más matizada de lo que parece en un primer momento. Si bien parece rechazar la «literatura» (que distingue de la novela) del horizonte del testimonio porque la búsqueda de los «efectos» aleja al autor de la preocupación que debe tener por restituir los hechos en su exactitud más absoluta, no por eso deja de recurrir a categorías propias de una apreciación estética para elogiar ciertos testimonios⁶⁶. Su correspondencia de guerra se encuentra salpicada de notas que traicionan una sensibilidad y una cultura literarias realmente relevantes. Habiendo rechazado de entrada la poesía y el teatro, no se muestra menos sensible a la parte «literaria» de una obra para validar o excluir a un autor.

El autor de *Témoins* no fue el único en elaborar las reglas que debían dirigir el buen testimonio a través del examen de innumerables relatos de guerra. Su originalidad debe matizarse respecto a otras críticas que intentaban ejercer, aun cuando no había terminado la guerra, una necesaria vigilancia del futuro. La comparación entre sus apreciaciones y las que emitían los inspectores de la *Revue historique* o las del biógrafo Jean Vic, saca a la luz el recelo casi obsesivo de Norton Cru. Vic, que mezcla en su bibliografía obras y textos de diversos géneros, se presenta mucho menos seguro que Norton Cru respecto a la pertinencia de sus elecciones. Es verdad que su «Manuel» precedió *Témoins* en unos diez años y que no disponía aún de la masa documental con la que Norton Cru pudo trabajar:

«Cet ouvrage étant essentiellement objectif, on s'est efforcé de n'y exprimer, en aucune de ses parties, des opinions personnelles. – Il renferme certainement des erreurs : l'auteur s'en excuse comme il le doit, et acceptera avec reconnaissance les rectifications que l'on voudra lui transmettre»⁶⁷.

⁶⁶ Cfr. Daniel SHERMAN: *The Construction of Memory in Interwar France*, Chicago-Londres, The University of Chicago Press, pp. 17-29.

⁶⁷ Jean VIC: *La littérature de guerre. Manuel méthodique et critique des publications de langue française (août 1914-novembre 1918)*, vol. I, Paris, p. XIX.

En el universo de la historia profesionalizada, la *Revue historique*, contrariamente a la *Revue d'histoire moderne et contemporaine* y a la *Revue de Synthèse*, no interrumpió sus entregas durante la guerra. En su número de abril de 1915 se abrió una sección titulada «Histoire de la guerre». Recibió numerosas reseñas de testimonios. Desapareció progresivamente durante el año 1921. El «buen testigo» presentaba en esta sección cualidades cercanas a las seleccionadas por Norton Cru: la moderación y el recelo por los abusos de efectos literarios, una estética de la ponderación («on y admire une langue saine et châtiée, qui ne dédaigne pas le trait, qui sait être forte sans aucune déclamation») ⁶⁸, la minuciosidad de la información («Il est dommage seulement que les noms de lieux aient été presque partout supprimés; il ne nous est pas possible le plus souvent de deviner quel fut le théâtre de ces exploits») ⁶⁹ y la experiencia directa de la guerra («Le récit est alerte; il fait souvent frémir. Ce sont des impressions vécues, document précieux pour l'historien futur de cette guerre») ⁷⁰. Pero, no obstante, la implementación de esta red sobre casos concretos no siempre desembocó en los mismos resultados.

La interrupción de las hostilidades en el mes de noviembre de 1918 no se correspondió con la «salida de guerra», que los historiadores interpretan actualmente como un proceso lento y progresivo ⁷¹. De la Gran Guerra, las sociedades beligerantes salieron por etapas sucesivas según los medios sociales y las experiencias pasadas. De todos modos, el conflicto dejó profundas cicatrices morales y físicas que el tiempo no pudo borrar totalmente. Hubo caras destrozadas, hombres con el cuerpo herido que atestiguaban en el espacio público las violencias de una guerra que había sido atroz, espíritus chiflados, amputados o trastornados para siempre. De esas heridas, los intelectuales fueron los primeros testigos. La

⁶⁸ *Revue historique*, noviembre-diciembre de 1915, p. 175.

⁶⁹ Reseña de 1914-1915. *La vie de guerre contée par les soldats. Lettres recueillies et publiées par Charles Foley, Paris et Nancy, Berger-Levrault, 1915, ibid.*, p. 173.

⁷⁰ Reseña de *La victoire en Lorraine. Carnet d'un officier de dragons*. Primer fascículo de una nueva colección titulada «La Guerre, les récits des témoins», París-Nancy, Berger-Levrault, 1915, *ibid.*, p. 174.

⁷¹ Cfr. Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Christophe PROCHASSON (dir.): *Sortir de la Grande Guerre. Le monde et l'année 1918*, París, Tallandier, 2008, e Yaël DAGAN: *La NRF entre guerre et paix (1914-1925)*, París, Tallandier, 2008.

memoria de la guerra dominó el conjunto de la producción cultural de entreguerras, mucho más allá de los ejemplos convenidos en algunas retaguardias, de los dadaístas a los surrealistas. Ella se metió en todas partes, resurgió sin cesar tanto en escritos filosóficos como a través de las notas de las piezas musicales. La guerra sacó a la luz la violencia y agravó las fracturas que minaban el ambiente intelectual transformándolo, más de lo que era, en un nuevo campo de batalla.

[Artículo traducido por Cindy Coignard, profesora en la Universidad de Caen Basse-Normandie (Francia) y doctoranda en la Universidad de París VIII.]